

VARIEDADES

SAN ALFONSO RODRÍGUEZ, ESCRITOR SEGOVIANO

Extracto de la *Historia de la insigne ciudad de Segovia*, por Diego de Colmenares, tomo IV, págs. 126-132. Segovia, 1847.

«*Hermano Alonso Rodríguez:*

Por escritor, aunque de pocas líneas, de muchos misterios, dedicamos este lugar entre los escritores segovianos al venerable hermano Alonso Rodríguez, deseando con ansia la historia de su vida, que ya escrita en Mallorca, donde murió, sólo espera la aprobación de sus milagros por N. Santa Madre Iglesia Romana, maestra infalible de verdades, para salir á luz, y para luz de los morales con ejemplo de virtudes prodigiosas.

Nació Alonso en nuestra ciudad año 1530, en 25 de Julio día dedicado á la festividad de Santiago apóstol y patrón de España. Sus padres fueron Diego Rodríguez y María Gómez de Alvarado, su muger; gloriosos (como dice el Espíritu Santo) en su generación, pues once hijos que tuvieron, siete varones y cuatro hembras, todos fueron de aprobada virtud. Segundo destes hijos, y primer varón fué Diego Rodríguez de Alvarado, cuya vida y escritos dejamos ya referidos. Siguiete y tercero fué Alonso, el cual estudió latinidad en nuestra ciudad: y por obediencia de sus padres casó con María Juárez. Tuvieron deste matrimonio dos hijos, Alonso y María, la cual murió doncella, y á pocos años su madre; y en breve el hijo, quedando el padre en edad de 38 años, tan fuera de sí con estas pérdidas, que ansioso de restaurarse determinó entregarse todo á Dios supremo dueño de cuanto había sido, era y podía ser. ¡Oh cuánto dispuso tanta resignación!

Inspiróle Dios entrase en la compañía de Jesús. Obediente á la inspiración pidió la ropa de hermano con humildad ansiosa. Hacían estorbo su edad, y la presunción de que tanta edad y costumbre de mundo doblarían mal á la resignación y obediencia religiosa, con que no fué admitido. La aflicción de verse despedido llevó con mucho valor verdaderamente cristiano, y en el

desconsuelo destes estorbos le consolaba su misma perseverancia, que la prosperidad de los justos en la adversidad humana; y perseverante en la obediencia á la inspiración divina, sabiendo que el P. Luis de Santander, que siendo fundador y primer retor del Colegio de la Compañía de nuestra ciudad, como escribimos en su historia, había gobernado su espíritu, era rector en el Colegio de Valencia, partió animoso para aquella ciudad, y le comunicó su intento y sucesos. Deseoso el prelado de que se lograsen tan buenos propósitos le ordenó que en el estudio de la Compañía renovase las antiguas noticias de latinidad y retórica. Obedeció con prontitud, admirando á seculares y religiosos ver un hombre tan hombre, en tal empleo hecho niño, como Cristo ordenó á los suyos, por entrar en el reino de los cielos. Admitido, en fin, á lo que tanto deseaba, último día de Enero de 1571 años, desnudó del todo el hombre antiguo, vistiendo en aquella ropa la imitación de Cristo, divino maestro de humildes y único dueño de eternidades.

Desde los principios se conoció el impulso vehemente de su vocación. Su humildad fué tan profunda, que sólo se acordaba de sí para despreciarse; su obediencia tan cristianamente ciega, que no tuvo para obedecer más potencias que la voluntad. El mismo año que entró en la Compañía le envió la obediencia al colegio de Mallorca, donde con prudentes medios pretendía siempre los ministerios más humildes, en que servía con suma diligencia y agrado, con que la estimación de su virtud comenzó á crecer al paso de su humildad.

Año 1585 hizo los votos de coadjutor formado, que es el último grado que tienen los de su estado en la Compañía de Jesús. Ordenóle entonces la obediencia sirviese la portería, que sirvió treinta años con admirable perseverancia y gozo interior de verse partícipe en algo de cuantas limosnas y buenas obras hiciese el colegio. Aquí su ardentísima caridad se mostró invencible á las prodigalidades y desconsuelos de concurrentes y menesterosos, considerando en cada uno á Cristo necesitado, que le pedía tan poco para darle tanto, y en cada consuelo y limosna que repartía, por pequeña que fuese, asesoraba su gran caridad méritos excesivos, logrero celestial que en sola la distribución supo ganar tanto.

Entre las demás virtudes suyas fué admirable la templanza y recato en la vista, puerta la más principal y peligrosa para el

alma, y como tal temida de los corazones más puros. En cuarenta años sirviendo la portería y altar y saliendo por la obediencia en compañía de muchos religiosos, no vió rostro de mujer alguna, templanza más verdadera en él que creíble en sentido humano. Lloró mucho tiempo la inadvertencia de haber mirado un coche con detención y curiosidad (á su parecer) culpable, siendo el primero que había visto en su vida. Su devoción á las cosas celestiales fué admirable, y muy particular á la Santísima Virgen madre de Dios y Señora nuestra, y entre sus misterios á su purísima Concepción. No podía tan heroico segoviano faltar á devoción tan religiosamente continuada de sus antecesores. Cuanto el humilde religioso procuraba ocultarse, manifestaba Dios más sus virtudes, y ensalzaba su estimación, visitándole y consultándole en gravísimos negocios virrey, obispo, inquisidores, prebendados y todo género de personas con gran provecho de sus consultas, hallando en aquella simplicidad cristiana una prudencia á todas luces segura y acertada.

Desde que fué admitido en la Compañía pidió á Dios le favoreciese con enfermedades y dolores, que siempre se le continuaron, y él estimó por socorro celestial y reparo necesario contra los acometimientos traidores de nuestra naturaleza, engañosa aun en la edad más descaída. Añadiéndose á esto continuas persecuciones de demonios, que obstinadamente irremediables en su daño nunca desesperan de pervertir el espíritu más reforzado en la virtud y divino amor. Postrada la naturaleza con tantas enfermedades y dolores en 86 años de edad, se acrecentó la enfermedad de piedra sin poder levantarse de la cama en todo un año, ni revolverse de un lado los tres últimos meses. Cuando el cuerpo enflaquecía reforzaba el espíritu, dando siempre fervorosas gracias al eterno padre de que le favoreciese con lo mismo que á su eterno hijo, dándole que padecer. Y sobre tanta paciencia y resignación, preguntándole el enfermero en lo último de la enfermedad, cuando ya casi no podía hablar, *qué sentía ó qué le dolía?* respondió con paciencia y devoción admirable: *ay, hermano, solo siento y me duele mucho amor propio.*

Había tenido en esta última enfermedad muchos raptos de gran suavidad y consuelo, y sábado 29 de Octubre (1) por la tarde se arrebató en uno, profundo, trocándose el color pálido y ma-

(1) Este día en 1617 fué domingo.

cilento en rosado y ardiente, comunicación (sin duda) del gozo interior espiritual á lo exterior de cuerpo y rostro que quedó sobremanera hermoso, con admirable consuelo y alegría de cuantos le asistían. Y habiendo permanecido en él tres días, abrió los ojos más claros y alegres que en su mejor sanidad, fijándolos en el crucifijo que tenía en las manos, adorando sus pies, y pronunciando con ternísima devoción el misterioso nombre de Jesús, dejó la vida temporal por la eterna lunes 31 de Octubre, á las doce de la noche (1) año 1617, en 87 de edad.

Publicada con la luz del siguiente día la muerte del hermano Alonso Rodríguez, concurrió toda la ciudad, desde el obispo y virrey á las más ínfimas personas, al colegio y templo de la Compañía, y se despobló la isla concurriendo con devoción admirable á venerar el cuerpo de aquella alma santísima, que según la santidad de su vida y esclarecidas virtudes, tenían por cierto gozaba ya de Dios en gloriosa eternidad. Duraron los funerales, sin poder sepultar el cuerpo por el mucho concurso y devoción hasta el viernes, que, en anocheciendo, cerradas las puertas del colegio y templo, fué sepultado.

Dejó escritos de su mano algunos libros espirituales de admirables y profundos misterios, y dicen que en una revelación le ordenó la santísima Virgen, madre de Dios, dejase escritas las devociones que acostumbraba á rezar cada día, como lo hizo, y son las que siguen:

1. *La corona de nuestra Señora, que en rezarla sentía gran gozo y consuelo de su alma.*
2. *Las letanías desta santísima Reina de los ángeles.*
3. *Doce salves y doce Ave Marías para las 24 horas del día.*
4. *Un devoto oficio de su purísima Concepción, el cual imprimió en Barcelona Pedro la Caballería, año 1636.»*

Colmenares publicó por primera vez su *Historia de Segovia* en 1637; y así se comprende el valor y estilo de esta su biografía de San Alfonso Rodríguez, que ni se cita por los Bolandistas (París, 1883), ni lo bastante se ha consultado en lo que va del presente siglo.

Madrid, 30 de Octubre de 1917.

FIDEL FITA.

(1) Fué martes, pero tan sólo el primer cuarto de hora de este día, á partir de la media noche.



Franz Buscheu pintó.

DOCTOR THEBUSSEM